



## ***EL NOMBRE: PROYECCIÓN Y REFLEJO SOCIALES***

***Vicente GONZÁLEZ RADÍO***

### ***INTRODUCCIÓN***

El nombre identifica, denomina y configura el saber y el conocer de las cosas. Todo y todas las cosas tienen su nombre, todo parece identificado y señalado. El dominio del mundo parece implicar el control sobre las cosas, siendo, precisamente, el nombre de las cosas el lugar de encuentro y conexión con los demás. De hecho, cuando un individuo nace se la aprende, se le enseña como se llaman las cosas. Da impresión de que hay que saber el existir de las cosas para aprender a vivir y a dimensionar la existencia.

Las cosas y el mundo se nos presentan, tienen existencia, ubicuidad, lugar y consistencia; ocupan un sitio en el espacio y forman parte de la relación existencial-vital, lo cual nos llevan a la instrumentalización racional de las mismas referencias. Son lo exterior que se nos proyectan y reflejan en nuestras relaciones con los demás y con nosotros mismos.

Las cosas son el mundo, son las circunstancias y son lo relativo. En definitiva, configuran el horizonte perceptivo y vivencial de cada quien, por lo que nos ofrecen la sustentación del mundo. Mundo percibido, mundo recibido y mundo construido, según los procesos vitales de cada quien. En este marco se desarrolla primariamente las áreas de libertad de los individuos, que dimensionan e inter-

pretan ese mundo. Es aquí donde aparecen los conflictos sobre lo objetivo y lo subjetivo del nombre, es decir el significado que le otorgamos, que le damos y transmitimos.

Sentido, dirección y significado son tres elementos a tener en cuenta en la identificación e identidad del nombre y su relación con los demás. De esta forma, la proximidad y la lejanía; la afectividad y la neutralidad; la pertenencia y la ajeneidad: la procedencia y la referencia; todo ello se convierte en factores a tener en cuenta al tratar del nombre.

La igualdad y la diferencia complementan esos factores a la hora de establecer las identidades, las similitudes y las analogías, que se proyectan en las comparaciones y en las traducciones, en las magnitudes y en las cualidades. Pero, sea como sea, lo cierto es que todo tiene su nombre, su identidad y su significado reconocido socialmente, que además presenta una relación global y específica para los demás. Otras cosas son la objetivización y subjetivización del nombre particular.

Pero, ¿cómo identificamos el nombre? ¿Cómo otorgamos los significados? Antes de nada y sobre todo a través del lenguaje, que es transporte, identidad y reificación ideática de la realidad. Se produce, de esta forma, un salto cualitativo: de la realidad a la idea, de los hechos a su interpretación, de lo natural a

su encuadre de entendimiento y conocimiento. El lenguaje ocupa un espacio determinado dimesionando las cosas.

## **EL NOMBRE Y EL LENGUAJE**

¿Por qué las cosas tienen un nombre?. ¿Por qué los individuos tienen un nombre? Desde el mundo hebreo aparece la identidad y en el Exodo aparece que cada cosa tenía su nombre y Dios las identificaba. El planteamiento creacionista identificaba el quantum, el qué. Esto, de por sí, configura un modelo de pensamiento y de realización vital, ya que, de por sí se establecía un orden de las cosas, una pertenencia de género y de especie, una procedencia originario y una existencia natural acorde con su propia naturaleza.

Llamar a las cosas por su nombre es identificarlas y situarlas en un universo lógico con su propio desarrollo y proceso lógico. Palabra y verdad; verbo y realidad. Estas parecen ser las referencias del hombre y del mundo creado. El hombre era sabedor del mundo en cuando conocía las cosas del mundo revelado.

Saber e idea por una parte y mundo y realidad por otra son las dimensiones de la existencia subjetiva y objetiva, donde el ser y el aparecer nos presentan en un nuevo escenario, que se hace operativo para los demás. El hombre en esta primera dimensión parece dominar su universo en función del dominio de las cosas.

El mundo griego nos muestra más a las claras la dualidad entre ideas y realidad y es precisamente en el diálogo platónico Cratilo o el lenguaje, donde a través de tres personajes -

Hermógenes, Cratilo y Sócrates-, y no es el hombre en su totalidad quien abarca y explica el mundo, sino la persona que comprende e interpreta su mundo. En este sentido, Platón señala que “cada cosa tiene su nombre”<sup>1</sup>, que le es naturalmente propio, que no es un nombre del que se valen algunos para servirse de él<sup>2</sup>.

El nombre es algo más: identifica y trasciende. Es decir, denomina y ofrece significados. Por ello se trata de algo socialmente válido. En este contexto Platón pone en boca de Sócrates el proverbio de que “las cosas bellas son difíciles de saber”, donde “la ciencia de los nombres no es trabajo ligero”<sup>3</sup>.

Platón nos recuerda que los nombres contienen como propiedades dos cosas: 1) la convención; 2) así mismo, el consentimiento. Para añadir que “la naturaleza no ha dado nombre a ninguna cosa”, ya que todos los nombres tienen su origen en la ley, el uso o son obra de los que tienen el hábito de emplearlos <sup>4</sup>.

El nombre, que “es la parte más pequeña”<sup>5</sup> se hace beligerante socialmente, porque no se trata de que yo pueda llamar cada cosa con el nombre que yo le asigna, sino que hay que tener en cuenta el cómo los demás identifican las cosas y las denominan. Aquí está, precisamente la dimensión social del nombre. Nombre de las personas y nombre de las cosas. Aquí arrancan dos procesos diferenciados, donde fijeza en las cosas se contraponen a identidad de las personas. Estos dos procesos evolucionan paralelamente y presentan rasgos propios.

Identidad y significado se convierten en los elementos sustentadores del saber y del transmitir. En este sentido, Platón recuerda

---

1. Platón ( 1.992).Diálogos, Porrúa, México.

2. Platón. Op. Cit.

3. Platón. Op. Cit.

4. Platón.Op.Cit.

5. Platón.Op. Cit.

que “hablar bien”, “conllevar reglas”, ya que “nombrar es una parte de lo llamamos hablar”<sup>6</sup>. Para nombrar se requiere el nombre, es decir, el nombre es un elemento instrumental del conocimiento y de la comunicación. Así nos recuerda que “el nombre es un instrumento propio”, para “enseñar” y para “distinguir los seres”<sup>7</sup>. Por lo que “la institución de los nombres no es tarea para cualquiera ni para gentes sin talento”<sup>8</sup>. En su acepción habla que el nombre es una propiedad natural, pero ¿quién asigna los nombres? y recuerda a Homero, al nombre que le dan los dioses y que le dan los hombres. En este contexto sitúa la naturaleza y el género, donde recuerda la descendencia para señalar que “basta que la esencia de la cosa domine en el nombre y se manifieste en él” y que “los seres que nacen según la naturaleza deben ser llamados con los mismos nombres”, aunque “los nombres de los héroes y de los hombres podrían inducirnos a error”.

Hay que manifestar que en el mundo griego, pese a la referencia a los dioses y héroes “el hombre es el único, entre los animales, que le llamamos con propiedad”<sup>9</sup>.

Aristóteles en su *Organon*, referente a interpretación afirma que el “nombre es un sonido significativo por convención sin identificar tiempo, y ninguna de sus partes es significativa por separado”<sup>10</sup>.

La totalidad hebrea y la parcialidad griega -hombre y persona- van a seguir conjugándose, precisamente en función de la ciudadanía, de ser hombres libres o de ser esclavos. La nueva configuración romana establece marcos de identidad en función de la sangre y en función del suelo o lugar. En ese contexto,

aparte de las referencias a dioses y héroes aparece una ordenación específica que identifica los linajes, las familias y las identidades del lugar. El nombre aparece cosificado y circunscrito a unas referencias específicas. Las nuevas regulaciones de las gentes se basan en la identidad de los actores sociales, su identidad, procedencia y pertenencia.

Las referencias a las cosas y las identificaciones de héroes y dioses han servido para mitologizar a personajes y establecer semejanzas y analogías a formas y modos de proceder en esa identificación. Mito y realidad, opinión y logos sirven para establecer una racionalidad discursiva y argumental de las identidades e identificaciones, donde los nombres adquieren significados propios.

En este sentido, a la hora de su determinación, hay que contextualizar el nombre, sus antecedentes, el momento histórico concreto y las consecuencias o el devenir y los posibles significados que se han ido sucediendo. Es precisamente aquí donde hay que encardinar el mito y el rito en cuanto al nombre. El por qué se imponen los nombres y se denominan a las cosas, pero, sobre todo, cuándo y cómo se denominan las cosas y se establecen los nombres a las personas, son rasgos de los diferentes grupos y colectividades, así como de las personas-miembros de esas colectividades. Es así como aparecen los mitos teogónicos y cosmogónicos con los consiguientes nombres, luego los mitos divinos y heroicos, al que siguieron los provenientes de los relatos legendarios, aparte de otras referencias más concretas, que sirvieron para establecer un marco de preferencias y de identificaciones, que completaron con nombres más próximos o que tenían una significación específica

---

6. Platón. Op. Cit.

7. Platón. Op.Cit.

8. Platón.Op.Cit.

9. Platón. Op. Cit.

10. Aristóteles (1995)*Organon* II. Gredos, Madrid.

para el grupo concreto o la unidad de esa colectividad.

El mundo romano nos configura dos elementos específicos de pertenencia, el lugar y la sangre. Baste observar la obra de Suetonio, Tiberio Caligula<sup>11</sup>, para percatarse de la procedencia, de la pertenencia y la identidad, donde el gentilicio y el patricio y el patronímico enmarcar esas señas de identidad. De esta forma, el plano biológico y el geográfico son identificadores de los miembros del grupo social, lo cual representa una nueva relación de la naturaleza y la persona

### ***LUGAR, TIEMPO Y RELACIÓN: INCIDENCIA EN EL NOMBRE***

En nuestro contexto occidental se han sucedido valoraciones específicas sobre el nombre y sus significados. De esta forma, al aplicar el nombre a los miembros del grupo ha habido una evolución, así aparece la idea de hombre en el mundo hebreo, la idea de persona en el mundo griego -luego en el Renacimiento aparecerá el sujeto y con la Ilustración el de individuo-, que otorgan significados propios y extensiones determinadas a los nombres, que se combinan con la idea de accidente, convencionalismo y naturaleza, a la inmanencia y trascendencia.

Por ello tiene importancia el lugar, entendido éste en sus tres dimensiones y con las tres connotaciones, de lugar geométrico, geográfico y cultural. Por ello, esta concepción del lugar se hace beligerante y condicionante, ya que no es el patronímico romano, sino su conjugación con los otros lugares para establecer las nuevas identidades.

El cristianismo realiza una primera síntesis del mundo hebreo y griego, pero los combina con las otras significaciones del lugar,

creando una nueva mitología, así como también nuevos ritos. De esta forma, desde el Edicto de Milán la Iglesia ha entrado a definir y a decidir sobre las identidades y, por supuesto, afectaron a la denominación y al nombre. De hecho, la patristica y la escolástica han ofrecido un mundo creado armónica y estructuralmente, donde esas nuevas denominaciones han tenido un peso específico. De hecho se produce una cristianización del nombre de las personas para identificarse frente a los paganos o los gentiles. Esta cristianización conlleva una nueva simbología con todos sus significados.

Estos nuevos tiempos han superado a los pasados, que se quedaron eclipsados al salir nuevos mitos y referencias, aunque se apele al Antiguo y el Nuevo Testamento, donde aparece el nombre y la identidad y el cambio del mismo.

El cambio de nombre aparece en todas las épocas y, por supuesto, en la Biblia, lo cual conllevó nuevos sentidos y direcciones al significado del nombre, que se ha ritualizado con el “nombre de pila”, que es el que se impone en el bautismo, otorgándole al recién nacido un nombre propio y de identidad, que se ha sacado del martirologio, del Antiguo Testamento, de los ángeles...o de un misterio cristiano como Natividad, Ascensión, Concepción, etc.. Los tiempos se han sucedido y las referencias han quedado anticuadas. El nombre identifica al lado de los nombres que se reciben en cuanto a pertenencia a grupo, como venía connotado en el mundo romano. De hecho, el latín como lengua y la Iglesia como institución-organización han sentado unas nuevas bases para la identidad y el nuevo orden social tanto de las cosas como de los hombres y personas, que es el tema al que nos delimitamos, por lo que el nombre es algo más que la palabra o palabras que preceden al apellido, ya que designan personal-

---

11. Suetonio (1.989), Tiberio Caligula, Bosch, Barcelona.

mente, concretamente. El nombre desde este nuevo tiempo es el conjunto formado por el nombre de pila y los apellidos, que recibe de los progenitores.

Tienen un peso determinante los antecedentes, de ahí viene connotaciones con señas de identidad y de representación social. En esta misma dirección hay que situar que el nombre es también fama y reputación. A tal efecto podemos observar las etimologías de los nombres, los significados, tanto heredados como consabidos socialmente, que estigmatizaban y representaban una nueva relación dialéctica en su plano social y psicológica en el plano personal con la ausencia/presencia.

De hecho, los nombres aparecen revestidos de significado social, por lo que el poner el nombre es asimilarlo al personaje y al significado precedente. Por todo ello hay que tener en cuenta: a) el precedente; b) la etimología; c) el personaje; d) la adaptación idiomática del nombre; e) y el ritualismo.

El nombre como tal es masculino y etimológicamente procede del latín <nominem>, que significa nombre o denominación. Otros términos del mismo tronco son: nómina, que es el listado de nombre; nominación, que el nombramiento, la designación o elección de una persona; el nominado o nombrado; y el nominalismo, que es una doctrina filosófica, según la cual a la universalidad propia de los conceptos de entendimiento (géneros y especies) no corresponde nada real común en los seres individuales a aquellos que se refiere.

El nombre es la palabra que sirve para designar un ser, una realidad o un conjunto de seres o cosas, permitiendo con ello distinguirlo de los demás. El nombre es y representa una determinación, una concreción y una identificación.

Al aplicar esta categorización conceptual al hombre o a la persona, se produce una concreción específica en el grupo social. En ese mismo sentido hay que interpretar los apodos, alcuños o mote. Dentro del grupo el nombre individualiza, concreta y específica, lo cual clarifica las relaciones, las identifica, por eso, coloquialmente, se dice que se llaman a las cosas por su nombre, que conlleva expresarse con franqueza, con claridad, con propiedad y corrección. Denota en sí mismo una actitud de identidad y transparencia. Igualmente nos traslada a una idea de fijeza y seguridad, baste observar las delegaciones o el <actuar en nombre de alguien>, bajo la autoridad y responsabilidad.

Ha sido durante la Edad Media cuando se ha ido conformando la identificación y el uso del nombre, el tiempo, el modo, el lugar y el significado relacional. En este sentido ha sido el momento en que se individualiza el sustantivo y el adjetivo, lo cual oferta grados de identidad y graduación o valoración de esa identidad.

La Iglesia hace toda una extensión y aplicabilidad de los nombres de Dios y de Cristo, que encuentra su mayor expresión en el Renacimiento y abre la Edad Moderna con Fray Luis de León<sup>12</sup>, que desarrolla aquel planteamiento de Platón, pero referido a Cristo, que a través de Marcelo, de Sabino y Juliano va configurando la teoría del nombre<sup>13</sup>.

Fray Luis de León se plantea en su libro primero “qué cosa es esto que llamamos nombre, y que oficio tiene, y porque fin se introdujo y en que manera se suele poner”, donde el nombre “es una palabra breve que se sustituye por aquello de quien se dice” o “nombre es aquello mismo que se nombra” o “el nombre es como imagen de la cosa de quien se dice”, para adentrarnos en una diferencia:

---

12. Fray Luis de León (1.991), Los nombres de Cristo, Espasa Calpe, Madrid.

13. Alain Guy (1.985) Historia de la filosofía española, Anthropos, Barcelona

nombres comunes y nombres propios, siendo su fin “hacer que lo ausente que significa, en él sea presente”<sup>14</sup>.

El latín, la cristianización y la Iglesia han sido los referentes más significados en la construcción social y en la producción social del nombre durante la Edad Media, precisamente conjugando lo real frente a lo nominal, la presencia y la ausencia, la identidad frente a la identificación. Lo particular, la cualidad y la imagen o figura son las otras referencias. Es el momento en que las denominaciones van acompañadas de representaciones y de identidades en la pintura, en la escultura y en la arquitectura con simbolismos propios en el románico y en el gótico. Las manifestaciones son claras y concretas, pese a las crisis económicas, sociales, religiosas y políticas, estableciéndose nuevas identidades.

## **LA MODERNIDAD Y EL NOMBRE**

El Renacimiento abre nuevos interrogantes al hombre y a la persona. De hecho, Fray Luis de León es un hombre de ese tiempo, pero el nombre entra en una nueva dimensión y perspectiva. Hay que dejar atrás los sistemas de creencias y de conflictos entre ellos los de la propia lengua, donde las lenguas romances son un hecho, por lo que hay una nueva determinación lingüística y aparecen nuevos referentes, nuevos ídolos frente a los viejos (Bacon).

Ello dió paso a una nueva configuración conflictivista como nos la presentó Maquiavelo, pero que se encaminó y hay un nuevo modo de superación a través de Hobbes, que a través del Leviatán, que curiosamente es un término bíblico del libro de Job, monstruo marino, que nos conduce hacia una idea de pacto, que es la interpretación de

los nuevos estados absolutos que nacen en la Edad Moderna.

Los conflictos religiosos después del cisma de Occidente se culmina con la Reforma y Contrarreforma, que, precisamente delimita las prácticas y los ritos del nombre.

La política entra en esos nuevos derroteros absolutistas y la lengua es un instrumento inevitable en la unidad proclamada. Precisamente hay dos lenguas, las de los estados, que usan las lenguas romances y la Iglesia que seguía con el latín y, precisamente, ha sido el nombre la adaptación al plano popular de las nuevas lenguas.

Esta nueva lengua ha sido construida desde los parámetros lógicos y matemáticos del nuevo mundo de la modernidad<sup>15</sup>. Todo se nuclea en el verbo y, a través de él, se estructura la lengua y aparece el sujeto, el complemento directo, el indirecto y el circunstancial, donde el nombre adquiere un peso determinado. El latín y el castellano van caminando paralelamente, proyectándose el nombre en una doble dirección: lo culto y lo popular. De ahí que la ritualización presente rasgos de poder y autoridad a través de la divulgación o a través del pueblo con la vulgarización. Se plasma, de esta forma, lo culto y lo vulgar, que tendrá excepcional cultivo en nuestro siglo de oro y en el barroco.

El modo de encarar este nuevo tiempo no es tanto desde el hombre o la persona, sino del sujeto, el del <ego cogitans> de Descartes, donde la dualidad es manifiesta. Es el momento en que el conocimiento vulgar y el científico empiezan a ir en paralelo. En el conocimiento vulgar aparecen las configuraciones de los proverbios, de los dichos, de las sentencias y de los adágios y máximas, que ordenaban y sustentaban la vida social, realizándose dife-

---

14. Fray Luis de León, Op. Cit.

15. Noam Chomsky (1.984) *Lingüística cartesiana*, Gredos, Madrid

rentes recopilaciones y apareciendo precisamente una nueva modalidad, el refrán, que nos sitúa en la totalidad y en la parcialidad, en la vida y en la realización de la misma. Coetáneamente aparece la picaresca, donde lo anónimo del autor es sinónimo de sentir general. El <ego cogitans> de los filósofos, la <res extensa> de los científicos, hay que conjugarlos con el sentir e interpretación popular que se fundamenta en los antecedentes y en los consecuentes, donde los chistes y los refranes son sólo extensiones y manifestaciones.

El hombre busca, la situación engloba y se desarrollan nuevas formas de vida y de sociedad. La sociedad moderna implica nuevas formas de realización, donde el absolutismo y la ordenación se encaminan sobre nuevas bases. Aparecen todo un nodo procesual de búsqueda y encuentro individual, donde Domingo de Soto, Ignacio de Loyola o Lutero buscan modos de vida y realización individual. Es también el momento de la mística, que implica situarse y partir de un mundo determinado.

Hombre, orden social y orden natural encuentran una nueva manera de relacionarse y de presentarse. De hecho, la Reforma y la Contrarreforma son modos específicos de la nueva concepción del mundo y del hombre, por lo que los nombres y los significados encuentran un lugar específico.

A ello hay que unir el uso del nombre propio y común. De hecho, el poder político entra como agente en este uso. De hecho, los conversos, y los que se resistían a los nuevos modos de vida diseñados y regulados desde el poder se encontraban en situaciones particulares. La pertenencia a un grupo determinado implica globalidad y limpieza frente a los antitéticos.

Con relación al nombre hay que observar el peso de la Iglesia y los nuevos rituales sobre el bautismo y la identidad, frente a la doble pertenencia, lo cual implica tomas de postura, que no siempre eran admitidas dentro

del orbe y estado total del Estado moderno; de hecho, los mudéjares, los mozárabes o los marranos debían de adoptar modos y formas que fueran asumibles por el resto, que eran los que, así imponían sus reglas.

Con relación al nombre aparecen las expresiones afines que se circunscriben a: a) la proximidad, que puede ser de apelación y denominación; b) relación de dependencia, que se refiere al nominalismo y la palabra, c) y las relaciones de oposición. Todo ello implica que el nombre se hace beligerante en todos los órdenes de la vida.

El nombre implica identidad y la denominación es el reconocimiento y legitimidad que pueden dar y otorgar los demás, siendo, precisamente, en este contexto, cuándo y cómo aparece la beligerancia del nombre, su peso, su espacio público con el consiguiente reconocimiento, tanto público como privado, tanto social como personal, tanto objetivo como subjetivo. Baste observar los personajes de las obras de Tirso de Molina, de Calderón de la Barca, de Lope de Vega o, por supuesto, el de Miguel de Cervantes, aparte de las configuraciones realizadas por Góngora o Quevedo o Gracián.

Con relación al nombre propio hay que destacar el papel del monacato y las órdenes religiosas donde, como <organización>, cambian de nombre a sus miembros como señal de desprendimiento. Las nuevas sociedades secretas también cambian de nombre a sus miembros, lo cual implica seguridad para no ser descubiertos, e identidad grupal, en cuanto a pertenencia e identidad del grupo.

Por ello, hay que concluir, que el nombre se hace beligerante lingüísticamente, se hace presente socialmente y se hace operativo orgánicamente a través de las nuevas organizaciones sociales, por los cuales se empiezan a estructurar las funciones en el nuevo organigrama de la administración pública y en las organizaciones privadas, sean de naturaleza religiosa o no.

## **LA RACIONALIDAD DE LA MODERNIDAD**

Pero los tiempos se han sucedido y aparece la Ilustración que con el desarrollo de la ciencia y el progreso económico y político implicó una nueva dimensión al hombre que actúa sobre un nuevo marco cognitivo, la razón, donde adquiere dimensión propia el nombre, que se cosifica y al que se le otorga significados concretos. De hecho, las Enciclopedias reúnen y presentan nombres y significados consolidados y reconocidos socialmente, que tienen identidad y significación. Por supuesto, también el nombre de las personas.

Si embargo, hay algo más, estamos ante una nueva configuración, ya que no es ya el hombre, tampoco la persona ni el sujeto sobre los que se estructura la nueva dimensión, sino sobre el individuo. De esta forma aparecen en el escenario las cuatro formas o síntesis sobre las que se asentó nuestro sentir occidental. Ahora es el individuo libre, igual y fraterno el que tiene identidad y sobre el que se establece el orden de la razón.

Este individuo con identidad y capacidad se obliga, tiene deberes y derechos reconocidos por el Estado Liberal de Derecho, que tiene como base un nuevo modelo de contrato social, tal como han presentado Locke o Rousseau, donde el principio de legalidad se convierte en el nuevo fundamento de la convivencia y, a partir de aquí, aparecen todos los procesos de constitucionalización y codificación, dando valor, alcance y eficacia a los actos de los individuos, donde la igualdad formal y el reconocimiento formal de los derechos realzan la individualidad, representado como persona física, con que la nueva forma de institucionalización de la administración, aparece la persona jurídica, lo cual nos lleva a una nueva racionalización del nuevo orden social.

Con relación al nombre, aparte de la constitución, que protege y ampara derechos de

los individuos, aparecen las regulaciones específicas o procesos de codificación. Es el momento en que aparecen los códigos civiles, que señalan lo que es la persona, su capacidad y su capacidad de obrar reconocidos, que nos da su personalidad y reconocimiento social al que hay que añadir la filiación, el domicilio, la nacionalidad, etc. donde se conforman los elementos identificativos, que se plasman en los registros civiles. Hay, pues, una nueva ordenación y una estructura de identidades y, por supuesto, de nombre.

Colateral al proceso de institucionalización del nombre de los individuos en la nueva sociedad civil, también hay otra extensión del nombre, es el nombre comercial, es la <marca> para darse a conocer al público, que se regula en el derecho mercantil. La dimensión económica del liberalismo se basa en el nombre, en la marca o señal de identidad y de diferencia. Los productos se identifican para que puedan ser consumidos y usados en la sociedad, pero de una forma determinada. En el mundo económico encuentra en el nombre, en la marca, un factor de abarcabilidad, de extensión y de afirmación propia.

En el orden social hay una proyección del nombre, que va unido a la propiedad y a las condiciones de la individualidad. En este sentido, al revisar la literatura se observa que los movimientos románticos, los realistas y naturalistas enmarcan, concretan y resaltan las relaciones individuo/medio, que luego tendrá diferente lecturas en el positivismo, donde aparecen las aplicaciones de leyes generales frente al historicismo que se recrea en la particularidad e indivisibilidad del acto individual.

En esa nueva modalidad organizativa hay que tener en cuenta la ciencia, el saber. Este se circunscribe al conocimiento de la realidad y esta está expresada en palabras identificadoras de sentido, de dirección y significado. Aquella gramática tradicional basada en el verbo y construida lógica y matemáticamente presenta respuestas que se completan con



otras modalidades científicas, donde aparece la identidad como elemento de referencia.

En este contexto, por lo que se refiere al nombre, hay que tener en cuenta la lingüística, que concibiendo el nombre como una categoría propia, aparecen nuevas formas como el estructuralismo, que ha revitalizado el concepto de nombre para contraponerlo al verbo. Prosiguiendo con otra gramática, aparte de la estructural, la generativa suele llamar nombre al núcleo del sintagma nominal.

Se ha perfilado un nuevo modelo, hay un nuevo orden, se circunscriben unas nuevas bases de realización de la existencia individual, donde los existencialismos y las perspectivas denominadas irracionales de la filosofía al lado de las orientaciones organicistas, de la situación, las basadas en la acción, las funcionalistas, las dialécticas y conflictivistas, etc. ofrecen sus visiones del mundo y aplicaciones del mundo y del papel del individuo en ese mundo, donde tratan de identificar, señalar, en definitiva, circunscribir la identidad dentro de la pluralidad.

Los nombres, que son palabras, conllevan significados concretos, identidades, que son imprescindibles para pensar individualmente, para establecer un pensamiento lógico, pero, además, para el conocimiento y la comunicación, tanto en el individuo y el grupo, como con los demás o los otros. Por todo ello, dentro de este nuevo marco, el nombre se convierte en: 1) principio; 2) y en condición de la existencia. De ahí la fuerza, de ahí sus significados y su propiedad, ya que operan en el ámbito subjetivo y objetivo, afectando, influyendo y decidiendo. En ese sentido se puede afirmar que configuran la sociedad y al individuo.

El nombre, como tal, tiene su propio espacio social: ser identidad y tener significado.

## **LA HISTORIA COMO BIOGRAFÍA**

¿Qué peso tuvo el nombre en la historia? Baste observar cualquier manual de historia o cualquier libro de la antigüedad, clásico, etc., para darse de cuenta del alcance y dimensión del nombre. Es más, en nuestro contexto, son los nombres los que asientan la historia, tanto los relatos, las leyendas como la misma historia.

Ciertamente son los hombres los hacedores de la historia, siendo ésta la referencia de aquellos. Pero no cualquier hombre, sino de unos determinados nombres, que se convierten en personajes, que son mitologizados, contruidos socialmente y presentados en la escena social a través de la transmisión denominada de saberes.

Sin duda la historia cumple una función social, ya que se centra en el conocimiento del hombre y su paso a través del tiempo en la sociedad<sup>16</sup>. Presenta saberes sobre el pasado realizado por individuos, donde se explica el plano relacional y de consecuencias, de ahí el resaltar la perspectiva didáctica. Es referencia permanente al hombre, de hay el nuevo frente abierto de realidad histórica y devenir social.

De hecho, los antecedentes se hayan en la historia, por lo que hay necesidad de acudir a la historia, donde aparece hombres, personas, sujetos e individuos, individualmente y socialmente, aparece unas estructuras sociales, unas normas, unos valores, unas culturas, etc., pero el pasado y las tramas humanas aparecen individualizadas en tiempos y espacios, donde hay la concreción de personajes, que tanto desde la sociedad como desde el poder, tienen un reconocimiento público. Estos personajes son las señas de identidad del pasado y, por lo tanto, sirven para individualizar y determinar.

Sin duda que el pasado está ahí, pero es recordado, es buscado y presentado. En este

---

16. P. Burke (1988) Sociología e historia, Alianza, Madrid.

sentido, la mirada del historiador nos presenta a los personajes que individualizan los diferentes procesos que se van sucediendo, englobando en ello las diversas acciones humanas y las estructuras sociales y la realización del poder. La complejidad aparece ya que la panorámica ofrecida está en función de la perspectiva, desde arriba o desde abajo y aparecen formas de realización del poder, en este sentido M. Weber recuerda el poder carismático, el autoritario y el legal, pero, aparte aparecen héroes, líderes, conquistadores, prohombres, caudillos, mártires, intelectuales, etc., que bien individualmente o bien colectivamente se han convertido en personajes y protagonistas.

Al lado de otras fuentes, hay la individualización de la historia, hay la determinación de los protagonistas, que aparecen en la narración, en la erudición y en el conocimiento científico, teniendo funciones de fijeza, de contextualización y de utilidad de los diferentes análisis del pasado. Los espacios están ocupados y organizados por hombres, pero la personificación de los mismos y de los tiempos aparecen identificados por protagonistas-personajes que son en sí mismos referencia e identidad.

El espacio es presentado como creación del hombre sobre la tierra, ya que, aunque el medio permanece y el hombre acaba, aquel está transformado por el hombre<sup>17</sup>. El espacio geográfico, el ecológico y el social es tratado por los hombres. Es precisamente aquí como viene presentada la historia como la personificación, por la biografía y la historia vienen reseñadas con una misma naturaleza. Igual cuando tratamos la otra variable, el tiempo, donde la sucesión no es sólo diacronía sino que abarca a otra sucesión, la de los hombres, que plasman, precisamente su impronta y su distinción en el marco hereditario.

Los espacios, las distancias y las comunicaciones aparecen ante la historia como elementos distintivos, que se completan con el factor tiempo en su múltiple dimensión: cronológico, histórico y social. En ese contexto aparecen los sucesos y los cambios sociales, donde se complementa con la referencia a hombres, personas, sujetos e individuos, tanto determinados donde la edad es variable significativa y trascendente, la generación, etc., hasta la ordenación del tiempo con el calendario y el reloj, que implicó un estilo propio al individuo.

El proceso de la historia es proceso de humanización, donde los hombres, las personas, los sujetos y los individuos genéricos y específicos encabezan, definen y, además, proyectan y reflejan. Aquí lo objetivo y lo subjetivo forman parte de ese horizonte del pasado que se presenta en el presente, cosificando hechos, normas, leyes, que son reconstruidas para ser interpretadas, pero siempre aparecen individuos que personifican e individualizan los procesos, los hechos, las normas y las leyes. A tal efecto véase las aportaciones de Heródoto, de Tucídides en el mundo griego o Polibio, Tito Livio, Tácito o Suetonio en el mundo romano, que en sus historiografías nos presentan a personajes, que sirven instrumentalmente para individualizar la historia, situarla y fijarla. Igual cabe decir de San Agustín en <La ciudad de Dios>, aunque aquí aparece otro trasfondo con la dualidad de ciudad celeste y ciudad terrena, pero que imprimió ese nuevo modelo para el tratamiento de los hechos históricos, así aparecen la <Historia de los francos> de G. de Tours, la <Historia de los godos, vándalos y suevos> de San Isidoro de Sevilla o la <Historia de la Iglesia y el pueblo de Inglaterra> del monje Beda el Venerable. Los anales, las crónicas y las etimologías completan una visión de la historia. A partir del

---

17. F. Braudel (1994) Una lección de historia, Mondadori-Grijalbo, Madrid.

18. R.G. Collingwood (1962), Idea de historia, FCE, México.

siglo XI hay ya un nuevo tratamiento y una forma sistemática de abarcar y comprender la realidad, que rompe definitivamente con el Renacimiento y donde la Imprenta represento una nueva forma de cosificación de la realidad, que se completa con la Ilustración, donde Voltaire, Hegel o Kant entre otros nos sitúan ante la abarcabilidad, extensión y aplicación de la historia. Así mismo, adquiere peso específico en el planteamiento de la historia las dos corrientes, la positivista y su proyección, la escuela histórica y el historicismo, etc.

Pese a las fuentes, los modelos, técnicas y métodos que se han sucedido a lo largo del tiempo, la historia presenta los hechos significativos, pero personificados, siempre individualizados, aunque sea en forma de persona colectiva.

Esa personificación e individualización se circunscribe a personajes o a espacios, que se concretan en nombres que, en sí mismos, sirven para identificar el pasado y para enmarcar y determinar un tipo de historia en la esfera social, que asimila la información, que concreta el dato y que hace una representación o un conocimiento, donde los personajes/paisajes tienen un nombre.

## ***EL NOMBRE, ENCUADRES EPISTEMOLÓGICOS***

Es evidente que el nombre, la identidad de las cosas y las identidades de los hombres, personas, sujetos y de los individuos es motivo de reflexión y estudio y puede tener diferentes marcos gnoseológicos y cognitivos, tanto de su análisis, como de su encuadre. Aparecen los encuadres teológicos, los encuadres históricos, los encuadres filosóficos, los encuadres científicos, los encuadres jurídicos, los encuadres lingüísticos, los encuadres psicológicos o los encuadres antropológicos entre otros, ya que todos ellos aportan rasgos y categorizaciones especiales, tanto para el individuo como para el grupo social.

Al revisar el plano teológico hay que destacar que, en nuestro contexto, la Biblia, en sus diferentes libros, nos presenta a hombres con su nombre, pero, además, también da nombres de lugares, de espacios, lo cual nos adentra en una simbología, en unas señales y en unas significaciones propias; es decir, se representa un modo de concepción e interpretación del mundo.

La historia recuerda y se circunscribe a nombres, que personifican e individualiza el pasado. En nuestro contexto, las efemérides, las onomásticas, los distintivos de los lugares, etc., que se reducen a nombres, que evocan, convocan y provocan a unas respuestas determinadas.

El planteamiento de Platón, de Aristóteles ... o de Fray Luis de León nos lleva al encuadre filosófico. El plano formal y externo, pero, además, las conexiones que conllevan éstas nos sitúan en el plano relacional de significados, de reproducciones y de representaciones, es decir, en la diferenciación. La dimensión individual, de conocimiento, social, ético o moral queda afectada por la denominación de las cosas o el nombre de las mismas o de los hombres, personas, sujetos o individuos.

La revolución científica supuso una ruptura con el planteamiento aristotélico de la ciencia, que era en su misma esencia metafísico, es decir causalista y finalista. Bacon, Galileo, Copernico, Kepler, Newton...han supuesto, desde una perspectiva modal, configurar el conocimiento o saber basado en la observación, en el experimento, en la inducción, en la repetición, deduciendo leyes generales. Filosofía y ciencia, que empleando métodos y técnicas propias, buscan conocer la verdad y la realidad. Desde Descartes la diferenciación queda patente: el <ego cogitans> frente a la <res extensa>. Siendo el nombre un elemento imprescindible para identificar, individualizar y determinar en unos casos la verdad y en otros la realidad.

Todo ello llevó a conformar y consolidar un orden, una cosmología y una cosmovisión, antes desde una perspectiva creacionista, después evolucionista, una desde la óptica natural, otra real y positiva, y las distintas formas de poder consolidaron formas de estructurar las normas hasta llegar al Estado Liberal de Derecho. El orden normativo y jurídico define y delimita el alcance específico del nombre en su plano literal, lógico, histórico y sistemático.

El enfoque lingüístico presenta diferentes visiones si estamos ante la gramática tradicional, que emplea la lógica y tiene marco racionalista, o la gramática estructuralista o la generativa<sup>19</sup>. No es momento de recordar las palabras, pero hay una categoría morfosemántica, que puede ser sustantivo o adjetivo, que son palabras con significados propios, nombres, que unas veces por sí, otras por la propia composición, bien compuestos como los lexicalizados e íntegros los componentes o mal compuestos, -aparte del verbo y adverbio, además del pronombre-, aparecen nombres yustapuestos, parasintéticos y apuestos. El sustantivo es el núcleo del sintagma nominal, con morfemas flexibles de género y número, cuyas funciones principales son de sujeto y objeto, que denota unidades semánticas independientes y autónomas, subsistentes por sí; el adjetivo es el término adyacente del sintagma nominal<sup>20</sup>. El nombre puede ser propio y común, concreto y abstracto, primitivo o derivado, determinante o extraoracional. Pero siempre conlleva identidad y significado.

La perspectiva psicológica presenta nuevas dimensiones desde el surgir de las ciencias sociales, ya que la personalidad del individuo, su configuración de la personalidad, su evolución, la memoria, la inteligencia, la percepción, la sensación, la motivación, etc.

implican configuraciones específicas sobre sí, sobre los demás y sobre las cosas, que se concretan en acciones determinadas.

Otro encuadre es el antropológico, que conlleva a tener en cuenta a símbolos más valores, es decir, cultura determinada en el sentido descrito por Tylor. El nombre individualiza, determina, concreta, identifica, nombra, señala, denomina, especifica, tanto las cosas como a los individuos. En este sentido, el nombre de los individuos tienen todo un ritual según las culturas y los modelos civilizatorios. En nuestro contexto cabe recordar a Durkheim en <Las formas elementales de la vida religiosa>, al plantear el lazo del nombre, señalando que los individuos del clan se consideran parientes, porque llevan el mismo nombre. Los planteamientos de Freud sobre la ausencia y los significados nos arrastran a tener en cuenta lo propio y lo común en el grupo. La relación de individuo y grupo es permanente y este configura a aquel, ya que éste aparece en el seno de aquel grupo, que profesa normas, usos y valores, entre los que están los ritos de iniciación o los ritos de tránsito<sup>21</sup>. La identidad es personal, pero también es social, ya que ésta engloba a aquella. El parentesco implica idea de pertenencia, propiedad y procedencia y configura la idea y la posibilidad o posibilidades de realización dentro del grupo, que ejerce la identificación y legitimación de los elementos o partes de tal grupo, que se determina en el individuo. Entre los ritos de entrada está precisamente la incorporación del individuo al grupo que en nuestro marco es doble: civil y religioso. El civil está circunscrito a los registros civiles de nacimiento en caso de nacer y de defunción en caso de muerte. Pero, además, está el bautismo e inscripción en el registro eclesiástico, por el cual se produce a través de una simbo-

---

19. Miguel Beltrán (1.991) *Sociedad y lenguaje*, Fundación Banco Exterior, Madrid.

20. A. Quilis, C. Hernández y V.G. de la Concha (1.976) *Lengua Española*, Valladolid.

21. Enrique Casas (1.913) *La covada y el origen del totemismo*. Madrid. (ed. facsimil).

logía propia, el bautismo, el agua, los óleos, el manto, los padrinos, los padres, una incorporación, que presenta una doble dimensión: pérdida del pecado original y reencuentro con la gracia. Pero, también, a través de esta fórmula, el individuo pasa a ser miembro de la Iglesia, cuerpo místico.

El nombre, pues, tiene diferentes marcos significativos, pero en todos ellos aparece la identidad y la pertenencia. La identidad tanto individual, como colectiva, y la pertenencia es siempre colectiva. Ello implica procesos de socialización, interiorización e identificación.

Es a través de este proceso cómo aparecen los resultados sociales del nombre, que tiene efectos y consecuencias individuales y sociales, desde la individualización, la identidad o el significado, conllevando efectos y consecuencias privadas y públicas, individuales y colectivas.

### ***EL ENFOQUE SOCIOLOGICO DEL NOMBRE***

La relación de la personalidad, la cultura y el orden social se ponen de relieve al tratar el enfoque sociológico del nombre. En este sentido, hay que partir de la personalidad, de la identidad de cada quien, de su significado social o de la representación social. El individuo como tal tiene significado social, que se determina en el nombre, en la denominación social.

Todos los individuos tienen un nombre. Dentro del grupo se identifica a través de un nombre. El todo y la parte tienen denominaciones, tienen representaciones y significaciones propias. La biología, el plano hereditario hay que conjugarlo con la dimensión social, que empieza a individualizar a cada quien a través de un nombre o marca determinada. La identificación se realiza a través de un nombre. Socialmente hay que individualizar a los miembros, que reciben un nombre.

Desde siempre, socialmente, los individuos poseen nombres. La historia nos presenta una sucesión de individuos con nombres, que sirven instrumentalmente para identificar tiempos, espacios y relaciones. Es más, es identificador, es determinante y unifica al nombre con el sujeto, por lo que el nombre es la etiqueta, la seña de identidad, lo cual, puede llevar en algunos casos a la estigmatización social.

A través de los nombres se han ido construyendo y determinando los diferentes grupos humanos, que, como muestra de cada cultura, impone y determina los nombres de sus miembros. Es más, está establecido por cada grupo social una ritualización de los nombres, las señas de identidad y pertenencia de los miembros a un grupo determinado. En este sentido, se observan diferenciaciones entre los grupos sociales en el uso, denominación y significado de los nombres. Así, también, se puede observar las diferencias de “espacio”, de “tiempo” y de “relación”. Con relación al espacio hay que destacar los usos, los hábitos y las costumbres, combinando mitos y ritos peculiares, es decir, lo <propio>. De igual modo aparece el factor tiempo y se observa la distinción, lo antiguo frente a lo moderno, lo pasado frente a lo actual, es decir, la <diferencia>. Con respecto a la relación, queda manifiesta la unión entre comunicación y conocimiento y los procesos de imitación, de referencia y de sustentación, es decir, la <desigualdad>, los nombres de las clases bajas, de las clases medias y de las clases altas.

De esta forma queda configurada la denominación de los individuos dentro del grupo. Es más, refundan su personalidad en cuanto se afirma su identidad, su identificación y su pertenencia y referencia social.

A la personalidad hay que unir la cultura, los signos, los símbolos, los valores y las normas que rigen y sostienen al grupo. En el medio occidental ha habido unas formas determinadas de imponer el nombre a los

individuos, ritos de paso, que están rodeados de significados sociales

Así se puede establecer una primera significación con relación a la etimología, al número, al carácter, al significado, a los orígenes, historia, onomástica, personajes célebres, santoral, etc. Desde los planteamientos esotéricos y ocultos hasta el seguimiento histórico y generacional, el nombre ha tenido y sigue teniendo un valor social, un significado social y se rige por normas sociales. Baste observar los registros eclesiásticos y civiles en la actualidad para observar la identidad y la individualización del nombre, incluyendo la sucesión de modas, de referencias nuevas, las sustentaciones nuevas, productos de los nuevos medios de comunicación, que producen nuevos procesos endoculturales y aculturales. Se plasman, de esta forma, continuadores y rupturistas, refundadores y continuistas, las adaptaciones y las traducciones, etc.

Por otra parte, en nuestro medio hay que destacar un rasgo sobresaliente donde los medios de comunicación han sido los mediadores, así podemos observar que por “épocas” aparecen nombres que sustituyeron a los tradicionales como José, Manuel, Vicente, etc. y surgen nombres de mujeres como Silvia, Susana, Mónica, Cristina, Gema y Gemma Lara, Noemi, Monse, Vanesa y Vanessa, Elena y Helena, Sandra, hasta versiones y adaptaciones lingüísticas como Jenifer, Edurne, Idoia, Iria, Uxia, etc. o como en hombres, Pablo, Daniel, David, Alejandro, Carlos, Francisco, Javier, Iván, Adrián, etc. En este sentido, hay que señalar que se adopta un nuevo significado.

Con independencia de la personalidad y la cultura hay que reseñar la legitimación y fundamentación que tiene el nombre dentro del grupo social, que realizan las instituciones sociales. En este sentido, hay que destacar el papel que tiene y desarrolla la familia como primera institución social, ya que a ella corresponde la asignación e individualidad

del nombre que se impone y señala a cada uno de sus miembros que se incorpora al grupo. La familia adquiere un peso concreto en la determinación del nombre, en su significado y en su extensión-socialización al resto del grupo y a la sociedad en general.

La religión ha tenido, en nuestro contexto un peso determinante en cuanto a los nombres. De hecho, el registro eclesiástico recoge la identidad de los nombres del santoral. La cristianización representó precisamente la nueva denominación, los nuevos significados y las nuevas identidades. Es más, ha sido determinante en cuanto a consolidar todo un modelo específico y propio, donde el bautismo en un sacramento, lo cual reconduce la dimensión del rito de entrada en la comunidad eclesial.

La educación y la comunicación han representado a la institución social que sirvió para sustentar y referenciar los nombres que se imponen a los miembros del grupo. La educación y la comunicación sirven para integrar, para asimilar, para extender los significados y proyectar y reflejar el alcance, significado, sentido y dirección del nombre.

Las instituciones económicas, siendo de otra naturaleza, son las que instrumentalizan, usan y hacen dimensionar el nombre, ya que sobre él se establece la organización de unas formas sociales: la onomástica, las conmemoraciones o las fiestas y conectado con ello aparecen toda una <industria cultural>, que conlleva unos efectos sociales e institucionales tales como regalos, signos de reconocimiento, etc.

Son las instituciones políticas las que regulan, definen y concretan la individualizaciones a través de la inscripción en los registros, donde a través de los nombres aparecen los procesos de identidad y de identificación. El plano legal es la confirmación del valor que se le otorga al individuo. Dentro del ámbito público y organizativo hay que destacar cómo toda sociedad tipifica, tiene nombre y señala sus propias pau-

tas de identidad. Baste observar las sociedades secretas o las órdenes religiosas, que cambian el nombre de sus miembros.

Es significativo el enfoque estructural, ya que los nombres populares y los nombres vulgares se contraponen con otro tipo de nombres de abolengo, de nobleza, etc. El uso de nombre y del apodo identifica de una determinada forma socialmente. Conviene tener en cuenta el uso del nombre según la edad, donde aparecen los diminutivos y los sustitutivos; también hay que tener en cuenta la relación del nombre con el sexo, donde queda manifiesto las situaciones de dependencia y de sumisión estructural del nombre de la mujer al hombre, etc.

Desde esta perspectiva hay que valorar a su vez dos cosas, el orden social y la desvia-

ción por un lado y, por otro el cambio social, lo cual nos traslada a las nuevas situaciones, donde los cambios lineales, de ciclos, dialécticos, encuentran su complemento en los enfoques multifactoriales y procesuales, lo cual nos plantea una nueva dimensión del espacio, del tiempo y la relación en la deominación y uso del nombre.

Con relación al orden hay que señalar que hay regulaciones civiles y eclesiásticas determinadas, que nos reconducen a unas formas ya hechas. Otra cosa es la utilización específica del nombre y las estigmatizaciones y etiquetamientos que se puedan establecer en las esferas públicas, secretas y privadas. En todas las situaciones el nombre personifica, individualiza, determina y configura la identidad de los miembros del grupo.